

dujo en la prisión y cambiando sus vestidos por los del príncipe y ocupando su lugar, facilitó su evasión, sufriendo la pena reservada á su señor.

Todavía vivió errante cuatro años después Nezahualcóyotl, al cabo de los cuales los Méxica se interesaron por él, y al presentar al tirano Tezozomoc un cuantioso regalo consiguieron que éste perdonara al proscrito y perseguido, y le concediese, bajo pena de vida, vivir confinado en Tenochtitlán y Tlaltelolco. Al cabo de dos años volvieron los mismos á interesarse por él y obtuvieron se le concediese vivir en uno de sus palacios de Tezcoco llamado *Cilan*, desde donde en aparentes quietud é indiferencia arregló una liga contra Tezozomoc. En aquel tiempo era ya este muy anciano, al grado de ser necesario tenerlo en una cesta con algodón, pero siempre tan malvado y cruel que desde allí ordenaba iniquidades mil, que sólo terminaron con su muerte, acaecida el 24 de Marzo de 1427, después de haber reinado ciento ochenta y nueve años.

Dejó de heredero á su segundo hijo, llamado *Tayautzin*, con agravio de *Maxtla*, su primogénito, el que no conforme con ello se apoderó del trono.

CAPÍTULO VI

Maxtla. — Muerte de Tayautzin. — Triste suerte de Chimalpopoca. — Itzcoatl. — Alianza con Nezahualcóyotl. — Acciones heroicas de Motecuhzoma y Maxtla. — Muerte de este y fin de su reino. — Coronación de Nezahualcóyotl. — Partición del territorio teapaneca. — Alianza nahoa. — Gobierno de Nezahualcóyotl. — Sus poesías, carácter y muerte.

Era *Maxtla* digno hijo de Tezozomoc, pues á un carácter áspero y duro, reunía una excesiva crueldad.

No pudo *Tayautzin* resignarse con la usurpación de su hermano, y empeñó en su favor á *Chimalpopoca*, rey méxica, para lograr matar á *Maxtla*. Para tal fin mandó edificar

un palacio y se convino en invitar á *Maxtla* para el estreno, y matarle en la fiesta. Por aviso del enano *Tetontli* llegó á noticias de él este complot, y sin inmutarse ni tomar aparentemente precaución ninguna, se presentó de improviso en la fiesta, acompañado de algunos señores tecpanecas, los que asesinaron á *Tayautzin*. Después de varios ultrajes inferidos al monarca méxica, envió tropas á *Tenochtitlán* á que aprehudiesen á *Chimalpopoca*, el que, encerrado en una jaula de madera fué transportado á *Atzcapotzalco*; allí, lleno de rabia y tristeza, puso fin á sus días colgándose con su maxtla de los barrotes del *cuauhcalli* en que estaba encerrado.

Los Méxica nombraron rey á *Itzcoatl*, y *Maxtla* se negó á reconocerle, volviendo á la vez á perseguir á *Nezahualcóyotl*. Por más que el Rey mexicano y el Príncipe tezcocano se viesen con desconfianza y mala voluntad, por el auxilio que los Nahuas dieron á *Tezozomoc* contra *Ixtlixochitl*, llegaron á ponerse de acuerdo y á formalizar una alianza, mediante la intervención de *Motecuhzoma Ilhuicamina*, general en aquel tiempo de gran prestigio, constituyéndose así la base y principio del gran poder mexicano y tezcocano.

Desde luego se dió principio á las hostilidades contra *Maxtla*, y fué *Cuauhtitlan* la primera de sus ciudades que cayó en poder de los aliados, coincidiendo ello con la separación de *Atzcapotzalco*, de los Acolhuas pacíficos. En persecución de ellos mandó el Rey parte de sus tropas, mas con tan mala suerte, que fueron sorprendidos y muertos á palos todos los que la formaban, generalizándose así una rebelión.

Preparados y deseosos de una batalla decisiva, se avistaron los dos ejércitos muy cerca de la ciudad de México, marchando el ejército tecpaneca al mando de *Maxtla* y el mexicano á las órdenes de *Itzcoate* y *Nezahualcóyotl*. Se empeñó la acción con denuedo por ambas partes, y al cabo de cierto tiempo, desorganizados los Méxica, imploraban

ya la clemencia de los Tecpaneca, cuando, apercibido de ello el indomable Motecuhzoma, se arrojó en medio del enemigo y con tan heroico acto restableció la disciplina de sus tropas, que pusieron en fuga á las contrarias.

No menos esforzado Maxtla, imita el ejemplo de su contrario y se pone en primeras filas; Motecuhzoma entonces le acomete y vence, después de porfiada resistencia. Cesa desde luego la de las tropas tecpanecas y se declaran en completa derrota.

Sin pérdida de tiempo marchan los aliados sobre Atzcapotzalco; y aunque el resto de los ejércitos reales presenta alguna resistencia, presto son derrotados, y el mismo Maxtla se ve obligado á huir y ocultarse dentro de un *temazcalli* de su palacio, de donde es sacado, recibiendo la muerte de manos del mismo Nezahualcóyotl, que vivo le arranca el corazón, y humeante aún lo ofrece á los manes de su infortunado padre Ixtlixóchitl.

Tal fué el trágico y merecido fin del tirano Maxtla, acaecido el año de 1428.

Comenzaba el Rey de Tezcoco á disfrutar de su triunfo, cuando muchos Tecpanecas y Acolhuas, disgustados por la alianza con los Méxica, se le rebelaron, teniendo por caudillo á *Cuecux*, señor de Coyohuacan. Necesaria fué una lucha de dos años para sujetarlos, al cabo de los cuales quedó consumada la destrucción del reino de Atzcapotzalco y la restauración del antiguo imperio chichimeca.

Necesario era dar á este definitivo triunfo una sanción pública, y esto se hizo coronando solemnemente en Tenochtitlán, á fines de 1431, al príncipe Nezahualcóyotl, rey de Tezcoco y de todo el reino chichimeco-tecpaneca. Era este ilustre prócer, como ya dijimos, hijo de *Ixtlixóchitl* y de *Matlalhuatzin*, hermana del rey nahua *Huitzilihuitl*, y había nacido en Tezcoco el 4 de Febrero del año 1402.

Las crónicas nos han conservado respecto á él interesantes memorias de su valor, de su talento, de sus infortunios

y de los novelescos episodios de su vida toda, comparables en algunos puntos á los que del rey poeta David narran los libros santos.

El territorio chichimeco-tecpaneca se dividió en tres fracciones: con una pequeña parte se erigió el reino de *Tlacopán*, que tocó á *Totoquihuatzin*, nieto de Tezozomoc y enemigo de Maxtla, su tío; otra se agregó á la corona de México, y la mayor parte continuó siendo la monarquía de *Acolhuacán* ó *Tezcocana*, formando todas ellas una confederación que subsistió hasta la conquista.

Los pactos de esa alianza daban á Tlacopán la quinta parte del botín de guerra, y de las cuatro quintas partes restantes, una mitad era para Tezcoco y otra para Tenochtitlán, asumiendo también los reyes de Tlacoyán y Tezcoco el carácter honorífico de electores en la sucesión real mexicana.

Se destaca Nezahualcóyotl entre todos los personajes de nuestra historia precolombina como un hombre singular, dotado de cualidades mil á cual más apreciables. Recibió la herencia de sus mayores en el mayor estado de destrucción, abandono y abyección, y á su muerte la trasmitió en grado de civilización y esplendor incomparables entre sus contemporáneos, al grado de llamar á Tezcoco los historiadores primitivos *la Atenas de las Indias*. La juntas de justicia, guerra y administración que erigiera su abuelo, él las mejoró y aumentó; creó colegios para educar é instruir á los jóvenes en las ciencias y las artes, astronomía, astrología y otras. Construyó soberbios palacios y magníficos templos, sin olvidar las obras de defensa, canales de irrigación, caminos públicos y puentes. Se cuenta que el palacio que para su habitación mandó construir tenía dos grandes patios, 300 habitaciones hasta de 50 varas en cuadro, jardines y estanques; las paredes estaban cubiertas de jaspes de colores ó de hermosos tapices de algodón y plumería, ocupando todo él un área de 1.234 varas de Oriente á Poniente

y 978 de Sur á Norte, habiendo concurrido á su edificación 200.000 operarios.



Jardín de Nezahualcóyotl en Tezcoco.
(Reconstrucción, según Ober.)

Formó y promulgó un código de 80 leyes civiles y pena-

les, logrando casi abolir los sacrificios humanos, y dedicó un suntuosísimo templo al *Dios desconocido*.

Dividió la ciudad de Tezcoco en 30 cuarteles y asignó á cada uno de ellos una industria, que con exclusión ejercían. Dado al fausto y al lujo, tenía por trono un asiento de oro macizo llamado *tzinpalpa*, incrustado de piedras preciosas, y junto á él estaban las insignias reales, que eran un carcaj, una calavera humana con una esmeralda engastada en su parte superior, y un penacho de vistosas y ricas plumas; todo esto cubierto por un dosel de plumas, y el piso tapizado con alfombra de hermosas pieles de animales.

La población de Tezcoco en ese tiempo se calcula en más de 200.000 habitantes en 30.000 casas. Con respecto al gasto de la real casa, se asegura que consumía: 4.900.300 fanegas de maíz; 2.744 de cacao; 3.200 de xitomatl y chili; 1.300 panes de sal; 8.000 guajolotes y otras muy respetables cantidades de frijol, legumbres, chian, pesca y caza, miel, etc., etc. Si la fama de este rey como hábil legislador y excelente gobernante ha llegado hasta nosotros, no ha sido menos la que de él mismo tenemos como poeta sentido de altos vuelos filosóficos; desgraciadamente, sólo dos composiciones suyas, bien desfiguradas, entre ellas una dedicada á mostrar *la vanidad de las cosas humanas*, y otra sin nombre, han llegado hasta nosotros.

De la primera insertamos á continuación su traducción literal y versión en metro castellano:

«*Son las caducas pompas del mundo como los verdes sauces, que por mucho que anhelan á la duración, al fin un repentino fuego los consume, una cortante hacha los destroza, un cierzo los derriba, y la avanzada edad y decrepitud los agobia y entristece. Siguen las púrpuras las propiedades de la rosa en el color y la suerte: dura la hermosura de éstas en tanto que sus castos botones avaros recogen y conservan aquellas porciones que cuaja en ricas perlas la aurora, y económico deshace en líquidos rocíos; pero apenas el padre de los vivientes dirige sobre*

ellas el más ligero rayo de sus luces, las despoja de su belleza y lozania, haciendo que pierdan por marchitas la encendida y purpúrea color con que agradablemente ufanas se vestían. En breves periodos cuentan las deleitosas repúblicas de las flores sus reinados, porque las que por la mañana ostentan soberbiamente engreidas la vanidad y el poder, por la tarde lloran la triste pérdida de su trono y los repetidos parasismos que las impelen al desmayo, la aridez, la muerte y el sepulcro. Todas las cosas de la tierra tienen término; porque la más festiva carrera de goces y brillantez, calman sus alientos y se despeñan en el abismo. Toda la redondez de la tierra es un sepulcro; no hay cosa que sustente, que con título de piedad no la esconda y entierre.

» Corren los ríos, los arroyos, las fuentes y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos; aceleranse con ansia para los vastos dominios de Tluloca (el mar), y cuando más se acercan á sus dilatadas márgenes, tanto más van labrando sus urnas melancólicas para sepultarse. Lo que fué ayer no es hoy, ni lo de hoy se asegura que será mañana. Llenas están las bóvedas de pestilentes cenizas, que antes eran huesos, cadáveres y cuerpos con alma; ocupando éstos los tronos, presidiendo las asambleas, gobernando ejércitos, conquistando provincias, poseyendo tesoros, inventando cultos, lisonjeándose con el fausto, la majestad, la fortuna y el poder. Pasaron estas glorias como el pavoroso humo que vomita y sale del infernal fuego del POPOCATEPETL, sin otros monumentos que recuerden su existencia que las toscas pieles en que se escriben. ¡Ah! ¡Ah!

» Y si yo os introdujera á los oscuros senos de esos panteones y os preguntara cuáles eran los huesos del poderoso Chalchiuhltlancetzin, primer caudillo de los antiguos toltecas, de Necaxcomil, reverente cultor de los dioses; si os preguntara dónde está la incomparable belleza de la emperatriz Xiuhltzal y por el pacífico Topiltzin, último monarca del infeliz reino Tolteca; si os preguntara cuáles eran las cenizas de nuestro primer padre Xólotl, y aun por el caliente polvo de mi glorioso, inmortal, aunque in-

feliz y desventurado padre Ixtlixochitl; si os fuese preguntando por todos nuestros augustos progenitores, ¿qué me responderiais? Lo mismo que yo respondiera: INDIPOHDI, INDIPOHDI: nada sé, nada sé, porque los primeros y últimos están confundidos en el barro.

» Lo que fué de ellos ha de ser de nosotros y de los que nos sucedieren. Anhelemos, invictísimos príncipes, capitanes esforzados, fieles amigos y leales vasallos, aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe. El horror del sepulcro es lisonjera cuna para el sol, y las funestas sombras brillantes luces para los astros. No hay quien tenga poder para inmutar esas celestes láminas, porque como inmediatamente sirven á la grandeza del Criador, hacen que hoy vean nuestros ojos lo mismo que registró la preterición y registrará nuestra posteridad.»

«Son las pompas caducas de este mundo
Como los verdes sauces de la fuente,
Que en este suelo, sin igual fecundo,
Sombra y frescura dan; mas de repente
El fuego los devora furibundo,
Ó de la hacha al poder doblan la frente,
Ó bien, cuando añosos languidecen,
Barridos por el cierzo desaparecen.

La púrpura del trono es cual la rosa,
Que luce su hermosura por un día,
Mientras guarda la savia sustanciosa
El avaro botón; mas luego impía
De Tonatiuh la llama rigorosa,
Agosta su belleza y lozania,
Y, cual llorosa virgen engañada,
Pierde el color, marchita y deshojada.

Es muy breve el reinado de las flores,
Como el reinado del humano mismo;
La que hoy al alba muestra sus primores,
Yace á la tarde en flébil parasismo.
Todo tiene su fin: gloria y honores
Ruedan con el mortal hasta el abismo;

Es un inmenso panteón la tierra,
Que cuanto alimentó, piadosa entierra.

Los ríos, los arroyos y las fuentes
Corriendo van, pero jamás alcanzan
Volver á dó nacieron sus corrientes,
Y corren más, y mientras más se avanzan
Más ahondan sus tumbas, y dolientes,
Al mar se arrojan, y por fin descansan:
¡Tal es el curso de la vida humana,
Ayer no es hoy, ni hoy será mañana!

Llena la fosa está de tristes restos,
Que ayer, de vida y de salud gozando,
Fueron guerreros, jóvenes apuestos,
Sabios y nobles con riqueza y mando;
Mas poder y riqueza y altos puestos,
Al soplo fiero y del camino infando,
Pasaron como el humo pestilente
Que el POPOCATEPETL vomita ardiente.

Rasgad las sombras de la cripta hueca
Y registrad los senos del olvido....
¿Dó está Chalchiuhtlanet el chichimeca?
¿Mtl, el cultor de dioses, dó se ha ido?
De Topiltzin, el último tolteca
Y la hermosa Xiuhtlal, decid, ¿qué ha sido?
¿Dónde Xólotl está rey fortunado?
¿Dó Ixtlixochitl, mi padre desdichado?

¡Ah! Necio afán, inútil diligencia:
¿Quién más sabrá que El que lo sabe todo?
Del lodo los sacó la Omnipotencia,
Y yacen confundidos entre el lodo:
Tal suerte correrá nuestra existencia,
Y nuestros nietos, ¡ay! no de otro modo,
Después de haber rendido la jornada,
Serán también el polvo de la nada.

Aspiremos, oh nobles tezcucanos,
A la vida inmortal del alto cielo:
La materia perece entre gusanos,

Pero el alma hacia Dios levanta el vuelo;
Del Eterno en los campos soberanos
Todo es gloria y amor, paz y consuelo,
Y esos astros que tanto nos deslumbran,
Lámparas son que su palacio alumbran.

Tan bellas cualidades quedan obscurecidas por dos grandes defectos: su incontinencia y desenfrenado lujo. Fruto de lo primero fueron 60 hijos y 57 hijas, y de lo segundo las exorbitantes cargas con que oprimió á su pueblo. Al cabo de cuarenta años de reinado, á partir desde su coronación, y á los setenta años de edad, murió este gran rey, dejando dividido en feudos ó señoríos todo su reino.

CAPÍTULO VII

Nezahualpilli. — Su gobierno. — Huexotzincatzin. — Chalchihuenetzin. — Guerra contra Tlaxcallan. — Cometa. — Muerte de Nezahualpilli. — Sus herederos. — Disturbios por la herencia del trono. — Convenio entre los hermanos. — Cacamatzin. — Azteca. — Aztlán. — Origen y peregrinación. — Vida errante. — Achitometl. — Sacrificio de su hija. — Fundación de Tenochtitlán. — Tlatelolco. — Acamapichtli. — Huitzilhuítl. — Chimalpopoca. — Itzcoatl. — Reyes de Tlatelolco.

Heredó el trono tezcucano *Nezahualpilli*, hijo del anterior, que apenas contaba ocho años de edad y era el único varón legítimo, quedando, por recomendación de su padre, bajo la tutela y protección del rey méxica *Azayacatl*. Aunque sus numerosos hermanos parecieron todos conformes en un principio, más tarde se rebelaron tres de entre ellos, los llamados *Ichantlatatzin*, *Xochiquetzaltzin* y *Tlecahuetzin*, los que se aliaron con los Chalcas y los Huexotzinca. Presto dió fin con ellos el Rey mexicano, y para mayor seguridad se llevó á Tenochtitlán al Rey niño; mas como á poco tiempo muriese aquél, y se volvió á encender la guerra contra el tezcucano, salió de nuevo su ejército contra los rebeldes y quedó victorioso.